

LA HOJA de PARRA



EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60.
Telégrafo LIBROJA.

Apartado 547.—Teléfono 1843.
Horas: de 9 mañana á 4 tarde.

FLOR MARINA

Cupletista española
de las que cantan como los ángeles. ¡E!e!

SUMARIO:

- UN PEQUEÑO REPORTER
Sección vermouth.
- F. SERRANO BAENA
La confesión de un criado.
- FERNANDO MORA
En el cine.
- LUIS DE OTEYZA
Necturno galante.
- FERNANDO LUQUE
La muela del abencerraje.
- MANUEL CASADO
Una aventura original.
- G. GOMEZ DE LA MATA
La aventura del señor Antúnez.
- TOVAR, DEMETRIO
Y AFRODITA
Varios dibujos y retratos de
Flor Marina y Pepe Medina.



5 centimos

SECCION VERMOUTH

El doctor japonés Ito-Fhornika, que forma parte de una expedición científica de su país, después de una rápida visita á algunas provincias de España, ha publicado en París días atrás un artículo sobre sus impresiones de viaje, y el buen señor, al ocuparse de nosotros, dice que somos hombres poco musculosos y, en general, débiles, mientras que nuestras mujeres resultan esbeltas, fuertes y bien desarrolladas.

En lo de las mujeres tiene razón que le sobra el señor Ito-Fhornika, ahora, que en lo que al sexo feo se refiere, me pare-

ce que el furcio japonés nos denigra algún tanto.

Puede que en general seamos débiles y cierto que tenemos nuestras debilidades: por algo se dice aquéllo de «el hombre es débil», tanto más cuando tenemos, como él dice, y en buen hora lo confirmamos nosotros, unas mujeres esbeltas, fuertes y bien desarrolladas y, además, desamparantemente guapas, y naturalmente, teniendo unas socias de esas condiciones esológico que nos haya encontrado muy debilitados el sabio nipón. Pero en lo que toca á musculosos, no se ha fijado bien ese hijo de... el sol naciente, porque nos gastamos cada músculo capaz de perforar la corte del Mikado, y si quiere ver la prueba que nos mande para acá unas cuantas niponas y ellas le dirán si somos ó no musculosos.

Ese doctor Ito-Fhornika será todo lo Ito que le dé la gana, pero en cuanto á lo de Fhornika, no sabe ni una palabra.

Por lo visto ese moño amarillo vino á visitarnos en estos días en que, entre el periodo electoral y el periodo de la cuaresma, no e-tamos presentables... ¡Quién diantres está fuerte con el abuso que estamos haciendo del bacalao en todas sus manifestaciones!

Hay por ahí sujetos que en el resto del año son recios como troncos de roble, pero que en estos días cuaresmales se entregan á la almeja de un modo despiadado, y, claro está, parecen gatos en época de celo. Y es que el empleo desmedido del marisco suele tener sus consecuencias, señor Fhornika. Como ustedes se pasan la vida comiendo arroz con palillos y chupando bambú, no se dan cuenta de estos estados fisiológicos de la raza blanca.

Algo derrenga en efecto, la cuaresma. Es el breve reinado de la ostra, declarada soberana por su amigo y compañero el percebe. Y en esta exacerbación marisquera propia de la estación, unos se agarran á la ostra y otros al percebe según los gustos y los sexos, y hasta hay quien



Uno. — ¡Pero don Hermógenes! ¿haga esas demostraciones con tanto entusiasmo!

E que está en jarras. ¡Maldita sea el veneno, es que me siento burlo y me dan ganas de comerme la hojal!

no se «apercebe» de lo que hace hasta que exclama asombrado: «¡Anda la ostra!» que es un terno bastante irreverente, pero muy adecuado á la alimentación de estos días.

No obstante, hay mucha gente á quien le fastidian esos comistrajos á base de pescado y vegetales. Yo conozco una señora, de esas fuertes y bien desarrolladas á que se refiere el japonés de marras, que no respeta ayunos ni vigiliias y dice que lo mejor de las colaciones es la de un buen embuchado, cuanto más curadito mejor. En cambio, hay otras que se entregan á esas colaciones, pero por la vía vegetariana y, naturalmente, la desnutrición se advierte en seguida porque no satisface lo mismo un trozo de longaniza, pongo por alimento carnívoro, que una berengena, considerándola como tipo de alimentación vegetal.

Mas todo esto desaparecerá tan pronto se cumplan los cuarenta días de las pasadas carnestelendas. Entonces vendrá el repiqueteo general; el bacalao quedará

LOS TRISTES



Ella.—Nada, está visto que no te gusta.

El.—Sí, Lu ú, me gustas; no hagas caso de las arrugas que surcan mi cara.

Ella.—Pero hombre, es que hay que ver los esfuercos que hago por desarrugártela!



Ella.—No seas rñoso, hombre, que yo no tengo mas que apuros peñeños.

El.—Conforme, pero hoy lo tienes de esos que no se tapan con cualquier cosa.

debajo y encima se colocará, como manda la ley natural, el vigoroso solomillo.

Y entonces, habrá que escribir un mensaje á ese sabio japonés que tan mal nos ha tratado en su artículo sobre impresiones de su viaje por España, para que se dé otra vueltecita por aquí, y vea si somos ó no hombres musculosos.

Y que no se olvide de traerse de paso la remesa de japonesas á que antes me referia. Ya verá cómo ellas, hecha la prueba, son las primeras en decirle al nipón:

—Oye, tú eres un hombre que ni quita «ni-pou», comparado con estos gachós. ¡Menudos nipones se gastan!

Un pequeño REPORTER

La confesión de un criado

—Padre: Me acuso de haber abrazado á mi señora.

—Pues rézale á Santa Flora como penitencia diez padres nuestros. ¿Estamos?

—Sí, señor; mas... francamente: ¿quiere usted que rece veinte y que la abrace otra vez?

F. SERRANO BAENA

EN EL CINE

—... lo que te digo y na más —añadió Paco— y no te creas que es sólo el parcheo, hay otras cosas de mayor *delicuencia*...

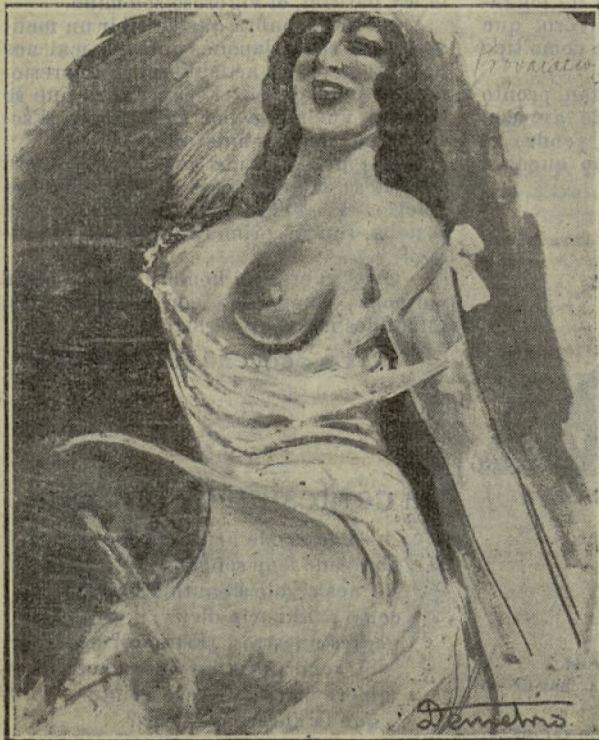
—¡Me dejas talmente estatua!

—El taquillero del cinini que es nuestro cómplice, cuando da billeteaje al género femenino, dobla la *de alao* y no ties más que llegarte á él y decirle, largándole un pitillo: *¿me da usté una de magro?* y él, claro, te la da y te cueLas, y lo demás que sigue...

—¿Es posible? —preguntó Luis.

—No eres panoli, gachó... ¡Cómo se conoce que vives en Pardiñas! El cine, mi iluso amigo, no tié razón de ser sin la oscuridá; de ella se aprovechan las... y... los; por ella va tirando el negocio y gracias á ella da la mar de gusto meterse en los salones.

PROVOCACION por Demetrio.



—¡Pues sí que ties razón!
—Hay operador tan empapao en el asunto, que anuncia con timbre, cuando va á dar la luz...

—¡Calcula si no!...

—¡Menuda película!

—Me has abierto el párpado. Cuando vaya á cintas pediré «magro» y si me lo dan... ¡Pa qué? Ni el caja de la Municipal.

—¿Ties que hacer ahora?

—Ni tanto así.

—Pues arrea pa el salón, que te vas á convencer de lo que te expongo.

—Pa luego es muy tarde, ¡andando!

—De frente.

—Un... dos... un... dos...

Y los amigos encaminaron su andar hacia el salón Z, en cuyos muros grandes cartelones anunciaban las novedades cinematográficas y un timbre repiqueteaba molestandor.

Cuando entraron, una bella acariciaba á un recio hombre que le miraba á los ojos. El público, intrigado por el asunto, no apartaba la mirada del lienzo. Los camaradas, alumbrados por una linterna, fueron hasta su localidad.

—¡No veo nada! —dijo Luis.

—No mires la película; *haste á lo oscuro*.

Así lo hizo, y en tanto que por el claro lienzo desfiló el amor besándose y eran artísticos follajes, marco indigno de tan dulce asunto, el neófito pudo observar que junto á él se sentaba una linda niña de rubio pelo y ojos azules.

Primero acercó su pierna á la de la muchacha; poco después, con un suave roce, consiguió *sugestionar la pierna* de la hermosa vecina, y cuando ya iba el candente conquistador á dar el asalto, se hizo la claridad.

—¡No; no la mires! —dijole en voz baja el veterano. —¡Ni la hables!... El misterio de la conquista está en el secreto... ¡Yo también tengo ración; mira!

En la fila anterior, una gruesa y bellísima morena, hacíase la indiferente á los ataques del maniobrista.

La niña rubia, charlotteando con una compañera, quitóse el abrigo y doblándole muy cuidadosamente lo puso sobre sus piernas, procurando ¡claro es! que no cayese por los lados. Recostóse en la butaca, dando ocasión para que el brazo del vecino fuese coraza de su pecho y... se hizo la oscuridad. No fué tan completa que impidiera ver el brillo de una rica pulsera que en la muñequita derecha lucía la hermosa.

«BESO DE MADRE»

anunció el operador, y ¡mi joven amigo, volviendo al ataque, unió su pierna á la de la moza que momentos después devolvía apretones de manos y dulces pisadas.

Ya los brazos se unieron; ya fueron los dedos de fiebre á perderse en las japonesas mangas de una blusa de seda; ya el pecho de la felipetrigneña, golpeaba en el codo del chulapo conquistador cuando el chasquido de un beso en la oscuridad hizo que el concurso riera y vocease.

Una mano fina y nerviosa corrió sobre la pierna de Luis, y luego...

El amigo é iniciador que acariciaba á la morena, soplaba en su nuca tan suave y oportunamente, que la soplada tremaba de gozo...

Un suspiro; dos cabezas que se juntan, y después... el timbre anunciador de la claridad.

—¿Qué?

—Sí...

La joven complaciente obedeciendo á órdenes superiores se pone en pie, se coloca el abrigo y sin mirar al desconocido que momentos antes acariciara, dispónese á salir.

—¡Vamos Lolita!

—Vamos mamá...

Mustio, pensativo, sin atreverse á mirar á la joven queda el muchacho; ni la ve marchar. De pronto oye una voz que exclama:

—¡Ay... mi pulsera! ¡Se me ha perdido!

Los ojos de ella mirándole agresivamente le recorren de arriba á abajo.

—¿Pensará que soy un randa? —imagina el muchacho.

Varios espectadores buscan por el suelo; dispónese el mozo á igual tarea y los ojos azules le acusan centelleantes.

—¿Eh? ¡No comprende —quiere decirla

con el gesto y la mirada, y ya ella decidida, roja como la grana va á acercarse á él cuando su compañero que interesado un momento por la pérdida de la joya abandonó la amorosa conquista, le dice en voz muy baja y casi estallando en carcajada:

—¡Quieto! ¡quieto! ¡agáchate! ¡con mucho disimulo!... ¡¡La llevas enganchada en el último botón del chaleco!!

Fernando MORA

PROVOCACIÓN por *El Sebas*.



Leed en **EL LIBRO POPULAR**

Entre dos derechos, amor

novela completa por

JESUS R. COLOMA

20 céntimos

Nocturno galante

Instante que acaso
no vuelva otra vez...
¡Enrojeció el raso
blanco de tu tez!

En la esmeraldina
noche el ruiseñor,



El marido.—[Pero, mujer, molestaremos á tu primo visitándole á estas horas; le cogemos comiéndolo...]

Ella.—[Que se festidie! ¿No me cogió él en la cama el otro día?]

su trova divina
cantaba al amor.

Un rayo de luna,
la fronda al pasar,
logró la laguna
discreto besar.

El céfiro ardiente,
cruzando el jardín,
rozó levemente
el casto jazmín.

Fué un raro momento
dichoso y fatal.
Empañó mi aliento
algo virginal.

Instante que acaso
no vuelva otra vez...
¡Enrojeció el raso
blanco de tu tez!

Luis de OTEYZA

De nosotros al público

Dos advertencias queremos hacer á nuestro todopoderoso y querido Señor el Público.

Nada tienen que ver la una con la otra y si van juntas es por no quitar espacio á otros trabajos.

La primera, consignar la admiración y respeto que nos merece una dama ilustre por su talento y por el puesto que ocupa, doña María Quintana, autora del cuento *Los bárberos* publicado en uno de nuestros números anteriores y que tomamos de *El Liberal*, de Sevilla, subyugados por el hermoso pensamiento que encierra y el galano estilo en que está descrito.

Conste, pues, que la literatura española puede enorgullecerse de tener una escritora del justo de María Quintana y que nosotros estamos orgullosos también de nuestra pequeña fechoría por la que peñimos perdón á la autora y á nuestro simpatiquísimo colega *El Liberal* sevillano.

Y es la segunda advertencia tranquilizar á otra dama que se dirige á nosotros temerosa de que un amante despechado publique en nuestras columnas secretos de amor.

¡Por Dios, señora; nosotros podemos ser un poquitín atrevidos, un tanto desvergonzados, pero jamás podrá nadie quejarse de que en nuestra verde, pero lindia HOJA DE PARRA haya puesto su honor en entredicho ó su buena fama en peligro!

So nos muy conocidos para que tengamos que esforzarnos en demostrar nuestra caballerosidad y nuestro amor á la verdad.



LA HOJA DE PARRA.—Estoy aburrida con esto de que me denuncien todas las semanas, quiero suicidarme, voy á subir á una montaña y me dejaré escurrir por una pendiente. ¡Ay qué gusto; morir por los efectos de una bñjada peligrosa!...

LA MUELA DEL ABENCERRAJE

¡Y que no tornaba poco satisfecho á su domicilio, á su arábigo domicilio, el feroz Abul-Magueh, con la presa que hiciera en dominio de cristianos!...

Llevábala en la grupa de su jamelgo argelino, atada al cuello de su cota con dos de sus mismos bucles: bucles undosos, luengos y rubios como rayos del sol... si el sol se rizase los rayos con tenacillas ó «papillotes».

Era —según habrán ustedes supuesto— una mujer. Mujer, en verdad, y los romances dicen que mujer y doncella, y yo lo corroboro y añado que mujer, doncella y linda hasta más allá de la hipérbole.

Abul-Magueh, que disfrutaba de una gran pupila para el mujeriego, había tenido el buen gusto de sorprenderla cuando la incauta y apetitosa castellana, sentada cual en las óperas en un banco pétreo. daba oídos, boquiabierta y puesto uno de sus deditos sobre su barbilla, á los versos flamíferos, versos de amor bucólico que salían por la correcta boca de un doncel todo bello, quien, yacente á sus pies, estraba las rojiverdes piernas con un desgaire clásico.

Sin decir ¡ahí va eso! ni en árabe vulgar siquiera, lanzóse hacia la perfecta oidora, asíola por donde pudo, montó con ella en su cuadrúpedo y arreando á éste y arreando un lanzazo en plena región occipital al flaco trovero que intentaba retenerle por los borceguines, partió raudó y recto, camino de su casa.

Llegado que hubo á ella, entregó su botín en manos de cuatro esclavas bereberes, negras como cuatro desilusiones, encargando que le vistiesen de acuerdo con los últimos figurines de Alejandria. Subió él, mientras tanto, á sus departamentos particulares, bañóse, perfumóse, trocó sus vestiduras guerreras por otras joyantes y sencillas é inmediatamente voceó:

—¡Que me la traigan!

Llevarónsela, en efecto. ¡Oh! ¡Y cuán hermosa!... La mirada negra, fosforescente y ahita del abencerraje, se paseó por las protuberancias excelsas de aquellos sus senos, ocultos como dos ópimas sandías bajo una gasa leve, vislumbró la sinuosa región abdominal (región única en la que se concibe el regionalismo) donde el nudo de un pañuelo tetuaní parecía indicar todo un programa de Administración local, resbaló por la rotunda curva de sus caderas, arco triunfal alzado en loor de sus pantorrillas, modeladas con toda la vigorosa gallardía del estilo gótico, y, brincando, fué á posarse sobre su rostro inenarrable, bajo su cabellera, semejante á copioso chaparrón de fideos áureos.

Azorada, ojibaja, membriqueta, en el centro de la estancia, la estupenda y medieval señorita pensaba, sin duda, en su suerte canina y, á la par é involuntariamente, hacía nacer en el cerebro tortuoso de Abul-Magueh pensamientos tales como: «¡Vaya una hembra con riñones!... ¡Menudo beneficio me voy á dar!»... Y otros varios de puro sabor abasída.

Súbite el morucho goloso, alzóse del lecho de cojines en que reposaba y se fué derecho al bulto en actitud de dar á la castellana un achuchón de mastodonte erótico. Mas ella, viéndole venir, salió de su púdico apoteosis y escapando como gacela pusilánime hacia una próxima ventana púsose allí á demandar auxilio con su vocecilla de contrato, llamando, de paso, á sus parientes, á sus paladines, á su poeta, al apóstol Santiago, al sereno...



Su fuga y sus voces no hicieron sino excitar más el apetito del abencerraje, quien, arrojándose sobre ella, dió en propinarla tales metidos y bocadillos, pese á su resistencia, que la tierna victima, con objeto de salvar su complicidad y responsabilidad, se vió en la precisión de desmayarse. Y se desmayó.

Viendo ya Abul Magueh su ración de mujer en actitud pasiva, cesó en sus prematuras precipitaciones, poco justificables en un maestro normal de voluptuosidad, según se jactaba de ser. Así, pues, con sus fuertes y morenos brazos, trasladó al lugar propicio la sincopada doncella; posóla en él, irguió después su busto cuadrado, puso sus manos sobre sus riñones, quedó en jarras, dió un resoplido y terminó bañando sus barbas con una sonrisa de gozo.

¡Ya era suya!

Abul-Magueh, enloquecido, comenzó á desgarrarse la vestiduras... ¡La fidalga estaba á cuatro pasos de la catástrofe!... Pero — ¡ah! — en esto, algo insólito y terrible conmovió al abencerraje, dejó en suspenso una babucha de la que estaba desprendiéndose, arrugó su entrecejo, contrajo la boca, llevóse ambas manos á un carrillo y escupió un rugido espantoso. ¿?

Quando la linda doncella — ¡aún! — entreabrió las divinas almejas de sus ojos, pudo ver, con asombro, cómo su raptor, en paños menores, se paseaba del uno al otro lado del cuarto; una babilla clara pendía de una de sus boceras, con las manos oprimiase la siniestra mandíbula, chispeantes miradas fulguraban sus ovals pupilas y, al tiempo mismo, por su boca, despedía determinadas inmundicias contra Alá, Mahoma, Averroes y sus respectivas y distinguidas familias. Se lanzó en una explosión de mordiscos con los cojines, terminando

Al cabo, en medio del estupor de su inútil prisionera, se lanzó en una explosión de rabia contra el lecho citado y la emprendió á meter entre ellos la cabeza.

En aquel instante, un mancebo apareció en la ventana de marras, daba un fácil salto y caía de puntillas sobre los azulejos con la levedad de una pluma... estilográfica.

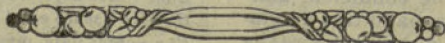
¡Era el trovero de la castellana!

Esta, admirablemente perspícaz, reservó el natural grito para mejor ocasión y muy luego, paso á paso, recomendando silencio con el gesto, fué á parar en los brazos flébilés del audaz amante. Poco después, uno y otro, se descolgaban por una escala cromática al florido campo de la Libertad...

Y cuentan los romances que en uno de los más frondosos vergeles del susodicho campo folgaron alegremente la rica hembra y el trovero, mientras el corajudo abencerraje, allá en su lecho, inadvertido de la fuga, con la cabeza metida entre los cojines, seguía mugiendo, mugiendo...



Fernando LUQUE





Pepe Medina

El inimitable imitador de actores; joven; una moada de chico, como pueden ver ustedes. El eterno enemigo de Victor Rojas, un poco neurasténico y un mucho enamorado de todas las mujeres de treinta para abajo; sobre todo las tobilleras le anonadan, todas le parecen de cara a él. (Y a nos otros también).

Una aventura original

En un rincón del café «El Torpedo» reuníase una tertulia vulgar. El único de los seis que la componían, que acusaba originalidad, era Cremalio Calleja. Su cara surcada de prematuras arrugas, su pelo de un rubio estropajoso y de estatura

ni alto, ni bajo,

hacían de su figura, un bipedo vulgar. Poliglota de profesión, aficionado á literato y algo trastornado de meollo completaba su carácter. De los cinco restantes, cuatro eran de profesión jóvenes y el quinto, viejo picarón.

La voz cantante en la tertulia llevábala Cremalio, que sátiro de condición, alardeaba de poseer un acabado tipo de gladiador. extraña manía que no concordaba

al parecer, con la frecuencia de sus obligadas vigiliás, pero que le servía de pretexto para de continuo pronunciar frases como ésta:

— Recorro el mundo desnudo y con espada corta, si me dáis un escudo.

— Con un escudo no hay ni para un billete hasta Cercedilla —hubo de apuntar uno de los jóvenes que era aficionado á la numismática.

Pero Cremalio fingía no oír y seguía usando el tópicó del escudo que en ocasiones le servía para escudarse del pago al camarero de ciertas consumaciones.

La tertulia discurría, ó por mejor decir divagaba —pues los seis eran incapaces de discurrir—, en la vulgaridad más aterradora. El tema siempre el mismo: la hermosura atlética de Cremalio y sus proezas amoratorias.

Un día trastornó la faz augusta de la tertulia la presencia de hermosísima mujer, que acompañada de un caballero de porte simpático vino á sentar sus reales en mesa contigua.



Ella. —Por Dios, habla más bajol
E'. —Quiero comerte l. s. hombres.
Ella. —¡Más bajo, habla más bajol
E'. —¡Te besaré en el estómago!
Ella. —¡Más bajo, más bajol

Era ella morena, esbelta, de ojos grandes y labios provocadores. Sus senos se erguían altivos. Vestía con elegancia y su cuerpo perfumaba el ambiente. Al sentarse dejó al descubierto hermosa pierna enfundada en lujuriosa media de gasa.

La tertulia sintió una emoción erótica y Cremalio notó que el sátiro que en su interior llevaba, se revolvió indolente. Le preguntó al camarero y sólo se supo que era un matrimonio joven.

—Con esa matrona perfecta y mi cuerpo de atleta, daríamos á la república hermosos descendientes —se oyó decir á Calleja en estilo de romano de opereta, que al viejo picarón le pareció algo cursi, é inmediatamente y á voces, según costumbre, hizo la apología de su belleza corpórea y sacó á relucir lo del escudo.

Pasado un rato se observó que la bella desconocida miraba con insistencia á Cremalio, éste á ella, y después de estos fenómenos ópticos y de un diálogo como de disputa entre la simpática y su acompañante, salió del café la pareja dejando á Cremalio *hecho polvo*. Mi palabra.

Repetióse esta escena tres ó cuatro días más, lo que hizo exclamar á Calleja: esa esclava me ama.

Una noche presentóse sola la desconocida. Miró á la tertulia con nervios. Cremalio comprendió que había hecho ti-

BAS CASTIZAS



—[Tengo unas ganas de comer unas judías con un lector de LA HOJA DE PARRA...]

lin á la bella. Cremalio, aprovechando una oportunidad se aproximó á ella y dijo:

—Contad entre vuestros esclavos, ciudadana hermosa, á este luchador de la vida y de la belleza.

Agradeció ella la galantería, apremió él y estrechando el cerco y consiguiendo vencer pequeños escrúpulos salió triunfante del brazo de la desconocida ante la estupefacción general.

Llegaron á coquetona casa y penetraron en perfumado gabinete que al fondo alojaba á suntuoso lecho estilo imperio. Calleja quiso besarla y esta le dijo:

—Ahora no; cuando despojado de tus vestidos quedés cual gladiador victorioso, caeré en tus brazos.

Cremalio se despojó y ostentó el traje pedido, mas al acercarse á la bella, sonó un timbre y una puertecilla ignorada se abrió dando paso al caballero simpático que dibujaba una sonrisa.

—Lo ves, cómo tenía razón —exclamó ella al recién llegado.

—Efectivamente. Este hombre tiene más tipo de caña de la India que de gladiador romano —dijo éste,—y dirigiéndose á Cremalio que estupefacto no podía comprender, dijo:

—Perdone, caballero, la libertad que nos hemos tomado mi esposa y yo para satisfacer una apuesta que teníamos planteada.

Cremalio, como estaba desnudo, no pudo sacar del bolsillo un revólver y pegarse un tiro.

Manuel CASADO

La aventura del señor Antúnez

Lentamente, á pasos menuditos, regresa el señor Antúnez á su casa. Aquella tarde salió de la oficina más temprano.

El señor Antúnez no es joven, tiene más de cincuenta años, y ha pasado su vida copiando minutas y expedientes. Sus ojos se han cansado de escribir las mismas notas con la misma sintaxis de papel sellado; su boca de hombre discreto ha enmudecido siempre cuando sus compañeros de oficina hablaban mal de los ministros; sus manos se tornaron ágiles y afiladas de tanto trabajar con ellas pluma en ristre. Y así ha lle-

ESTA CANSADO



Ella.—Adiós, riquín, y hasta luego que irás por mí para que vengamos juntos.

El.—Me parece que te tendrás que venir sola, porque yo no puedo moverme.

gado á viejo sin haber vivido, y ha encanecido su cabeza poco á poco, y los años, homogéneos, iguales, no le trajeron una sensación ni le enseñaron nada... Una vez, no importa cómo, Antúñez tuvo novia, una chica formal que le quiso con una pasión mansa y sin deseos. Todas las noches, después de su trabajo, Antúñez la veía, repitiéndose mutuamente las mismas palabras, los mismos juramentos sin calor, y al cabo de tres años, después de madurarlo mucho, Antúñez pidió á su jefe un mes de licencia para casarse. Tuvo un hogar algo burgués, le nacieron unos cuantos hijos, su señora engordó, él se hizo viejo sin enterarse, siguió marchando diariamente á la oficina... Y hoy, el señor Antúñez se encuentra extrañado porque salió de trabajar una hora antes que de costumbre.

Anda nuestro hombre despacito por la calle de Alcalá. Para hacer tiempo, mira los escaparates y se siente dichoso de vivir. Es la hora bulliciosa. Junto al ecuaníme señor Antúñez, nimbadas por la luz muriente del crepúsculo, pasan garbosas hermosuras entre el *frou-frou* de faldas sedañas, mostrando, bajo el ala de sus sombreros, ojos acariciadores, profundos ojos

de misterios y enigmas... Hay una atmósfera indescriptible, una atmósfera afrodisiaca de murmullos y risas y suspiros... Y el señor Antúñez se inquieta sin saber por qué, y algo muy juguetón le retoza en el cuerpo haciéndole cosquillas; se nota muy dichoso, va aspirando á plenos pulmones el viento de la tarde que declina, y tiene ganas de reír y ríe como un tonto... El no conocía aquello; jamás —ni aun cuando contaba veinte años— reparó en que eran las mujeres tan hermosas ni en que era el pasear tan agradable. Ya es hora de volver á casa; pero el señor Antúñez no quiere todavía regresar, se halla allí muy bien... está contento.

—¡Cómo goza esta gente! Para ellos es el mundo —piensa el señor Antúñez con envidia. Y un poco melancólico, sintiendo la nostalgia de lo que pudo ser y fracasó, el pobre hombre repasa en su memoria su anodina existencia: de niño, era tan inocente, que en el colegio se reían de él; más tarde, cuando cumplió diez y ocho años, entró en aquella oficina oscura donde tenía que pasar horas y horas, y allá se acostumbó á vivir lentamente, aprendiendo á escuchar sin inmutarse el *tic-tac* implaca-

24

Y allá va un aviso.

Y allá van dos más.

Y allá va un cabestro tirando *cornás*.

Esta es la aventurilla

que hace poquito

tuvo Manuel Ramírez

el *Besuguito*.

(*Mutis*).

HABLADO

EL CURIOSO LECTOR.

(*Volviéndose frente al público*). ¡Valiente pelmazol... ¡Arreal! ¡Otra artista que viene á confesarse! ¿Y de qué se tendrá que acusar esta infeliz?

MÚSICA

(*Sale MADAME PIMENTÓN*).

(*Con el vals de «La viuda alegre»*).

MADAME PIMENTÓN.

Muchos hombres he tenido

yo á mis pies,

ofreciéndome riquezas

21

MÚSICA

BESUGUITO.

Pues, señor...

EL CURIOSO LECTOR.

(*Aparte*). ¡Y va de cuento!

BESUGUITO.

Allá, en Méjico...

EL CURIOSO LECTOR.

¡Ya salió! (*Se vuelve de espaldas al público con el cesto*).

BESUGUITO.

Había una rubita muy gitana,
—digna de ser morena y sevillana—,
que, á pesar de tener un gran marido,
quería hacer de mí su *pr'ferido*.

(*Hablado sobre la música*) ...y, nada, que no me dejaba ni á sol ni á sombra. Siempre avisándome con cartitas y pinchándome con *indireztas* y mandándome

ble del reloj que mataba minutos; allá, en aquel ambiente polvoriento, entre sucios legajos, se le secaron las ideas y olvidó que era joven; y allá seguía aún; y allá estaría siempre, hasta morir... El señor Antúnez tiene una sensación dolorosa, comprendiendo que la vida es algo más de lo que él se había figurado, y ante revelación tan inesperada, acaso por primera vez, el infeliz se da cuenta de que es viejo y se pone triste...

... Y junto á él, casi rozándole, una rubia opulenta, de carnes matroniles, ha pasado. Sus bellos ojos de celeste brillo sonrien picarescos en la sombra; su boca, un poco grande, de labios gruesos y encendidos, es una flor sangrienta, atrayente y fatal; bajo las blondas de la mantilla negra, sus cabellos de oro tienen reflejos incendiarios, y entre la falda obscura, contoneando sus gentilezas de mujer airosa, deja adivinar un cuerpo tentador, unas curvas salientes ó inquietantes... El señor Antúnez la mira sorprendido, nota estrechamientos en su carne bajo su gabancillo pardo y le parece que todo da vueltas á su alrededor. Percatándose de que es malo lo que hace, presintiendo, sin duda,

que su hogar está en peligro, invoca inútilmente la imagen algo menos bella de doña Antonia, su costilla. Un sudor frío ha bañado su rostro y las piernas no le sostienen bien. El señor Antúnez jamás sintió *aquello* que le acomete entonces, impulsándole á echar detrás de la hembra espléndida.

—No seas ridículo, Antúnez. ¿No comprendes que tú eres viejo ya y no puedes meterte en estos trotes? Andá, vuélvete á casa, que la cena te espera y tu mujer y tus hijos van á estar intranquilos — se dice el buen señor — mientras sigue á la rubia inconscientemente.

Va siendo tarde, pasan menos personas; pero el señor Antúnez no hace caso, sigue recriminándose á sí mismo y continúa tras la mujer, que acorta el paso poco á poco.

La rubia vuelve de cuando en cuando la cabeza y se sonríe, mientras el señor Antúnez se sonroja haciéndose el distraído. Van metiéndose ambos por calles solitarias y obscuras que el viejo oficinista no conoce, estrechas cales misteriosas donde se perpetran crímenes y se venden besos... El señor Antúnez piensa con algo de estupor que Madrid es más grande de lo que

al marido *pa que* me invitase á almorzar. Pero yo necesitaba *toas* mis facultades *pa* echar fuera las corridas contratadas y me hacía el *longui*, sin quererme fijar en que la señora estaba *toos* los días...

Pincha por delante.

Pincha por detrás.

Pincha que te pincha que te pincharás.

Y allá va un aviso.

Y allá van dos más.

Y allá va un cabestro tirando *cornás*.

En esta situación comprometida, llegó, por fin, la última corrida; y yo, muy *animao*, pisé la arena dispuesto á hacer allí la gran faena.

(Hablando sobre la música) ...Y la hubiera hecho, si no llego á estar tan preocupado con la entrevista que me aguardaba pa después de torrear. A la dama en cuestión la había prometido una visita de despedida y yo estaba ya que no veía más que el momento de volar á sus brazos. Excuso decirles á ustedes que, con esa idea fija y los nervios de punta, estuve *toa*

la tarde gu, en cuanto cogía el estoque..

Pincha por delante.

Pincha por detrás.

Pincha que te pincha que te pincharás.

Y allá va un aviso.

Y allá van dos más.

Y allá va un cabestro tirando *cornás*.

Después de que rodó la última fiere con la última estocada pescuecera, á la casa me fui de aquel encanto que me buscaba tanto, tanto, tanto...

(Hablando sobre la música). Claro que yo tome allí mis precauciones, por si se presentaba el s. brer, digo el marido, y una dentellita quedó en avisarnos en cuanto le viera doblar la esquina. ¡Pero ¡sí, sí, para hacer caso de avisos estábamos entonces la s. fiara y un servidor! Así que nos quedamos solos, la desicó tres ó cuatro expresiones para uso interno; ella me contó con otros de la misma tela, y...

Pincha por delante.

Pincha por detrás.

Pincha que te pincha que te pincharás.

él creía, pues ya se va cansando y la carrera no tiene aspecto de terminar aún. Aquella deseable señora vive muy lejos; si él lo llega á prever, no se arriesga por tales callejuelas, de las que después no va acertar á salir. Pero la rubia le electriza, y su perseguidor siente ardores de juventud hirviendo en su organismo y se encuentra hecho un mozo, aunque un poco cansado por la caminata.

A la luz de los escasísimos faroles que alumbran las aceras, el señor Antúñez la mira embelesado. Anda ella más de prisa ahora, recogiendo la falda con un impudor que choca á nuestro héroe y enseñando bajo un crujiente laberinto de sedas y de encajes el nacimiento de una pierna pecadora y escultural... El señor Antúñez piensa por última vez en su familia, y ve la sombra de su mujer que le acusa; y ve á sus hijos inquietos, pensando ya en una desgracia, sin sospechar ni por asomo que su padre es un anciano calavera y libertino: y presiente la cena sin el padre, una colación triste, en la que ninguno come y todos se levantan al menor murmullo, creyendo que alguien ha tocado á la campanilla; y las horas que siguen, unas horas de angustia sin fin, temiendo un accidente, mientras él, viejo, miserable y ridículo, se dedica á enamorar señoras... Y con más energía que nunca, reprochándose su punible proceder, el oficinista se increpa con moralizadora autoridad: —Decididamente, Antúñez, eres un canalla.

Pero la rubia, caminando ante el viejo, le enloquece. Con el meneo gracioso de su andar se contonean incitantes las caderas anchas prometiendo delicias.

El bueno de Antúñez ha creído leer de paso en una esquina el título de la calle del Tribulete, nombre inconcebible que jamás él creyó que pudiese existir y que siempre tomó á broma. Por lo visto, debe encontrarse ya muy lejos de su casa.

¿Qué sucede, Dios mío? ¡Con qué descaro le mira la mujer aquélla!... El señor Antúñez se asusta; la rubia seductora va

acortando el paso más y más, y el infeliz casi no comprende... Bajo la escasa luz, la calle solitaria, sin un ruido, se ha mostrado cómplice... El señor Antúñez no sabe qué le pasa.

La rubia, considerando inútil aquel *flirt* algo estúpido, se coge despreocupadamente al brazo del pobre hombre.



—Mira, Marie, el animal que ni tiene hueso ni espinas, y lo mismo se estira que se encoge.

—¡Jesús qué asco, tanto como babeal!..

—Le he visto á usted desde que comenzó á seguirme.

El señor Antúñez ha comprendido al fin... y nota palpar junto á su carne el cuerpo soberano de la hembra que le electriza y le remoja.

—De modo que te gusto, ¿eh? —le dice ella—. Pues verás luego... ¡A que no sabes dónde tengo un lunar!

¡Qué liviandad tan increíble! El candido señor siente pa' ar por su mente la última oleada de arrepentimiento. Tiene un

instante la visión exacta de su existencia regular: su juventud, su esposa, los hijos, la oficina, la vejez, el pecado... Advierte que en la vida hay algo más que la monótona sucesión de los hechos siempre iguales; piensa que acaso el amor no sea precisamente el matrimonio y que el mundo reserva á sus afortunados deliciosos goces que él no gustó jamás. A la postre se ha dado cuenta de que la vida no se dignó sonreírle y de que fué siempre un inocente. Y allá en lo más recóndito de su cerebro, la percepción del pecado le retiene aún y la mujer le atrae, preguntándole con dulzura:

—¿Qué tienes? ¿En qué piensas?

El señor Antúnez reacciona.

—¡Bah! En nada; no hagas caso... ¿Conque decías que un lunar?... ¿Y en dónde... en dónde?

G. GÓMEZ DE LA MATA

Leed en **EL LIBRO POPULAR**

Entre dos derechos, amor

novela completa por

JESÚS R. COLOMA

20 céntimos

Agente exclusivo para los anuncios de LA HOJA DE PARRA y EL LIBRO POPULAR.

Francisco Pastor, Jacometrezo, 1, 2.º

Agentes exclusivos en Sud América

MASSIP Y COMPAÑIA

RIVADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones ESPAÑA (S.A.)

Misterios y secretos del lecho conyugal

(Sólo para hombres y casados).—Dos tomos con grabados.

Tortilla al ron Un tomo de 255 páginas.

Se envían á provincias, certificados, los tres tomos por CINCO pesetas en Giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por CINCO francos ó UN dollar.

Los pedidos, con su importe, diríjanse **UNICAMENTE A ANTONIO ROS, LIBRERO, JACOMETREZO, 80, 4.º DRA., MADRID (Casa fundada en 1896).**

BIBLIOTECA PRIVADA.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 pta.

ORINA

Las **SALES KOCH** curan **SIN SONDAR NI OPERAR** la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arenillas, curan los catarros é irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las **SALES KOCH** no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las **CÁPSULAS KOCH** cortan en **DOS DÍAS**, sin peligro, los flujos blenorragícos secretos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pídase gratis á la **CLÍNICA MATEOS, Arenal, 1, de MADRID (España)**, el método explicativo infalible.

SEGURIDAD ABSOLUTA

La tendréis si usáis las gomas higiénicas que vende

LA MASCOTA

GATO, 4.

Catálogo gratis enviando sello.